

TITULO

Los juegos del abismo

Juan Carlos Martín Jiménez

I

La pesadilla no había comenzado todavía. Faltaban horas para que su vida empezase a cambiar por completo, pero ella no se lo podía ni imaginar. Que alguien surgiese del abismo para escribirle otro destino era algo que ni siquiera podía tener cabida en un sueño. Pero no iba a ser un sueño... Iba a vivirlo en primera persona e iba a ser todo muy real...

Marta acababa de independizarse hacía unos meses. Había comprado un pequeño piso en el barrio de Valdecarros. Nunca se había ido de una ciudad a la que amaba, en la que le gustaba perderse y recorrer sus museos y sus inmensos parques, donde el mundo se esfumaba a su alrededor. Con un libro entre las manos, y sentada a la sombra de cualquier árbol, era feliz. El mundo se esfumaba a su alrededor y las horas volaban mientras devoraba páginas y páginas, sin echar ni siquiera una mirada a su reloj de pulsera. Solo cuando la noche empezaba a caer, cerraba el libro y volvía a la realidad.

Esa noche, como tantas otras, cenaba sentada en su tresillo anaranjado mientras miraba la televisión. Como periodista le gustaba estar al tanto de todo lo que acontecía. Por eso la estantería del salón estaba repleta de libros y revistas, a excepción del hueco exacto para encajar el televisor. Aunque de momento no ejercía su profesión, salvo una colaboración mensual en un periódico local del distrito de Tetuán, soñaba con ganarse la vida en una redacción, haciendo el trabajo que realmente le llenaba. En espera de que llegase ese ansiado sueño, Marta trabajaba como administrativa en una gestoría. Cada día le separaban unos 45 minutos de trayecto y 25 estaciones en la línea 1 del Metro, desde Valdecarros hasta Cuatro Caminos donde se encontraba la oficina, tiempo que siempre aprovechaba para ir leyendo, ajena a cuanto pasaba a su alrededor, levantando la cabeza en alguna ocasión cuando el convoy se detenía, para contar mentalmente cuánto faltaba para llegar a su destino.

Atentados, asesinatos, corrupción, huelgas... oía y veía lo de siempre. Noticias diferentes, en distintos países y escenarios, pero con ese trasfondo negativo. Empezaba a pensar en leer un rato antes de irse a dormir, cuando la voz de la presentadora volvió a captar su atención. Se incorporó en el sofá y escuchó atentamente: “Ya son seis las personas que han desaparecido en Madrid en los dos últimos meses, todas ellas en el barrio de Valdecarros. La preocupación se apodera de los vecinos de la zona, mientras la Policía busca pistas para intentar esclarecer los hechos”. La noticia se cerraba con algunos testimonios que dejaban traslucir dudas sobre la actuación policial, al tiempo que otros aseguraban que quienes desaparecían lo hacían para no ser encontrados jamás. Marta pensó de inmediato que era un buen tema de investigación y precisamente donde ella vivía. Podría hacer un reportaje y luego intentar venderlo a algún diario de tirada nacional. Su mente empezó a dar forma a la idea y a disfrutar como siempre que la palabra periodismo acudía a su cabeza, que era con mucha frecuencia. También tendría que averiguar si había algún medio de comunicación en su zona, donde intentar colaborar. Le apasionaba su profesión y la vivía intensamente.

Se levantó del sofá mientras en la televisión informaban del tiempo que iba a hacer al día siguiente, anticipando que las bajas temperaturas seguirían siendo acusadas durante toda la semana. Acababa de empezar la primavera, pero el frío y la lluvia aún dibujaban un ambiente gris y plomizo sobre Madrid. Miró su reloj. Las diez de la noche. Todavía le quedaban unas horas por delante antes de acostarse. Recogió los platos de la mesa, su vaso y sus cubiertos y los llevó al fregadero de la cocina, donde los lavó y secó en un par de minutos. Se disponía a salir cuando un ruido captó su atención. Provenía del tendedero que tenía como prolongación a la cocina, un pequeño espacio donde guardaba los utensilios de limpieza y donde podía tender bajo techo cuando estaba lloviendo, algo que últimamente ocurría con mucha frecuencia. Encendió la luz y entró en el cuarto. Entonces vio que justo en el de al lado su vecina tendía la ropa. Era una mujer mayor, con el rostro surcado de arrugas, viuda, y que destilaba amabilidad por todos los poros de su piel. En tan poco tiempo habían congeniado bien.

— Buenas noches Úrsula, ¿qué tal se encuentra? —saludó Marta.

— Bien hija, bien, como siempre. Ya sabes, aquí sola, dejando pasar las horas muertas. Pero bueno, y tú ¿cómo estás? ¿Te gusta el barrio?

— Sí, mucho. Estoy muy contenta. He acertado viniéndome a vivir aquí.

— A pesar de todo, ¿no hija? —dijo Úrsula con una sombra de preocupación en sus ojos.

— ¿Qué quiere decir? ¿Ha pasado algo?

— ¿No has oído las noticias? Ya van seis desaparecidos aquí. Es horrible. ¿Y si mañana me toca a mí? ¿O a ti? Yo tengo mi vida hecha, pero tú, tan joven...

— No puede vivir pensando en eso Úrsula. Mire, si se queda más tranquila, pasaré a verla todos los días e incluso podemos tener una copia de las llaves de nuestras casas por si nos pasase algo.

La idea de Marta hizo aflorar una sonrisa en los labios de Úrsula, que salió de su tendedero un momento, para volver con un llavero.

— Toma hija. Son las llaves de mi difunto marido —dijo extendiéndoselas a Marta por entre los barrotes del cuarto.

— Gracias Úrsula. Espere que voy a por una copia que hice por si perdía las mías. Prefiero que las tenga usted.

Una vez realizado el intercambio de llaves, Marta se despidió de su vecina hasta el día siguiente, convencida de que se había quedado más tranquila. Fue al cuarto de baño para cepillarse los dientes. Después se desnudó y se miró al espejo. Contempló su cuerpo esbelto y perfectamente moldeado, flexible y fibroso. Le gustaba cuidarse: comida sana, dormir entre siete y ocho horas, nada de estrés y acudir al gimnasio tres veces por semana. Recogió su pelo en un gorro, una cabellera rubia rizada que caía en cascada hasta la mitad de su espalda, y se metió en la ducha: le relajaba ese momento de agua caliente resbalando por su piel antes de irse a dormir. Eran minutos en los que pensaba en lo que había hecho esa jornada y lo que le esperaba al día siguiente, en sus objetivos por lograr, en su felicidad... Cerró el grifo, se vistió su albornoz naranja y sus zapatillas para andar por casa y se dirigió a su dormitorio.

La vivienda contaba con otra habitación más pequeña, decorada de manera sencilla, con una cama, una mesita de noche que tenía una lámpara y un armario donde Marta guardaba parte de su ropa. Sin embargo, ella prefería dormir en la más grande, con armarios empotrados de color caoba, una

cómoda con un espejo y seis cajones, una mesa cuadrada donde tenía su ordenador portátil y una lámpara al lado de la cama que mantenía encendida para poder leer y que era la última luz que veía antes de cerrar los ojos y entregarse a un sueño profundo y placentero, libre de preocupaciones. Después de ponerse su camisón, cogió el libro que la tenía embelesada desde hacía unos días, “Los renglones torcidos de Dios”, y se metió en la cama. Media hora más tarde, y aunque la trama le invitaba a leer más y más, decidió que las 80 páginas que aún le quedaban para terminarlo podían esperar otro día. Apagó la luz, se arropó hasta el cuello con sábana y mantas y dejó que su despertador marcara el tiempo que faltaba hasta el momento de sonar a las siete y cuarto de la mañana.

II

Jorge entró en la cocina y dio los buenos días a su madre, con cara de sueño y bostezando. La mujer estaba untando mantequilla en una tostada, cuyo olor se mezclaba con el del café recién hecho llenando de aromas el espacio.

— Buenos días hijo –le respondió con una voz rebosante de vitalidad, para luego quedársele mirando fijamente, apoyada contra la encimera. Con su figura menuda, sus brazos en jarra y esa mirada penetrante, parecía esperar algo.

— ¿Qué pasa mamá? Te conozco y algo me dice que tu mente no está tranquila –le espetó Jorge, dando cuenta de su zumo de naranja y engullendo su primera tostada en un abrir y cerrar de ojos.

— Sigues con esa idea de irte de casa, ¿verdad?

— Mamá, tengo 31 años, un trabajo estable, y ya va siendo hora de irme a vivir solo, ¿no crees?

— ¿Pero dónde vas a ir?

— No lo sé mamá. Estoy mirando algunos pisos para irme de alquiler. Esta tarde tengo que ir a ver uno. Iré cuando salga de trabajar.

— ¿Dónde?

— Por Valdecarros, en esa zona los precios no son tan prohibitivos como en nuestro barrio.

— Eso no está cerca de aquí, ¿verdad?

— Está a menos de una hora en Metro, mamá.

— Pero hijo, eso está lejos de tu trabajo y de nosotros. ¿No te puedes quedar por el barrio?

— No lo sé mamá, igual no me gusta. Además, aunque lo alquile, te prometo que me tendrás aquí a comer todos los días –le dijo dándole un beso en la mejilla.

En ese momento la conversación quedó interrumpida por el ruido de la llave en la cerradura de la puerta de entrada. Un hombre robusto, de pelo cano y vivaces ojos azules saludó con el periódico en la mano.

— Buenos días papá. Voy a darme una ducha.

— ¿No vas a decirle nada a tu hijo, Alfredo? –le asaltó su mujer, sin darle tiempo a abrir la boca—. Se quiere marchar de casa, dejarnos solos, irse a Valde... como demonios se diga eso.

Padre e hijo intercambiaron una mirada que revelaba muchos años de conocimiento mutuo: “Ya está sacando las cosas de quicio otra vez”, pensaron ambos.

— Valdecarros mamá, y está en Madrid, no me voy al extranjero.

Al oír ese nombre, su padre le extendió el periódico para que leyera un titular que había en la primera página: “Continúan las desapariciones en Valdecarros”. Jorge echó un vistazo rápido a la noticia. Su madre le quitó el diario de las manos, cogió las gafas que tenía en el bolsillo derecho de su bata blanca y su rostro empezó a cambiar de color a medida que iba leyendo.

— Ni hablar —elevó la voz mirando a su hijo—. Tú no vas a ese barrio, es muy peligroso.

— Mamá, todo es peligroso según tú. No me va a pasar nada, tranquila —y besándole en la frente se fue al cuarto de baño.

— Alfredo, tendrás que hablar seriamente con él, ¿no te parece?

El hombre, lejos de responder, cogió de nuevo su periódico y se metió en el salón para dar buena cuenta de él, sentado en su sillón favorito.

Treinta minutos después Jorge salía de su casa, vestido con un traje gris, camisa blanca con pequeñas rayas azules verticales, una corbata roja y llevando en la mano un maletín negro. Atrás había dejado a su madre todavía pidiéndole que se quedara en casa con ellos, que no viviera solo y, sobre todo, que no fuera a ese barrio porque podía desaparecer también. Los ecos de la voz materna se fueron perdiendo en su cabeza, mientras caminaba hacia el trabajo, un grupo editorial cuya oficina estaba a 10 minutos de su casa y en el que se hacían revistas, diseño gráfico, correcciones de libros, manuales... y donde él era el comercial desde hacía ocho años, la persona de confianza de su jefe, ya que la mayoría de los clientes estaban en la empresa gracias a su buena gestión. Tenía don de gentes, le apasionaban las relaciones públicas y sabía vender, lo que le permitía tener un sueldo fijo digno, además de comisiones por cada cliente captado.

Con el aire fresco de la mañana azotando su cara recién afeitada, pensaba que ansiaba vivir solo. Quería mucho a sus padres, pero necesitaba dar libertad a su juventud. Llevaba unos días mirando en internet pisos a precio asequible para vivir de alquiler y la búsqueda le había llevado a encontrar uno en Valdecarros: 600 euros al mes, dos habitaciones, salón, cocina, terraza y cuarto de baño, más que suficiente para él solo. El día anterior había llamado al teléfono que aparecía junto al piso y había quedado en ir a verlo esa misma tarde, a las ocho menos cuarto. Lo tenía todo calculado para salir del trabajo a las seis y media, coger la línea 1 del Metro, bajarse en la última parada y andar unos 15 minutos hasta la dirección del piso. En el fondo, y aunque sabía que a su madre no le iba a hacer ninguna gracia, estaba deseando que la casa le gustase para poder irse a vivir cuanto antes.

Entró en la oficina, y tras sentarse en su sitio y abrir el maletín, cogió una agenda que le indicaba que en media hora se reunía con su jefe para hacer balance de cómo iba la empresa, de la situación actual de los clientes y de los que estaban en previsión de pasar a serlo en breve. Después otra reunión a las 12 con una empresa interesada en los servicios de diseño, comida en casa de sus padres y una tarde bastante tranquila para ir avanzando temas. El día pasaría rápido, seguro, pero sabía que tenía que concentrarse en su trabajo y no dejar que sus pensamientos volasen hacia lo que podía ser el inicio de su independencia. Tras visualizar el rostro crispado de su madre cuando le die-

se la noticia y la sonrisa cómplice de su padre por detrás de ella apoyando la decisión de emanciparse, se sumergió en sus papeles.

III

Marta apagó su ordenador a la misma hora de siempre, con la rutina de cada día. Eran las seis y media de la tarde y, después de despedirse de sus compañeros, coger su chaqueta gris del perchero y ponérsela por encima de la blusa blanca con finas rayas azules, salió de la oficina en dirección a la estación de metro de Cuatro Caminos. En esos cinco minutos de trayecto, iba pensando en lo poco que le gustaba su trabajo y en que no quería quedarse encerrada entre esas cuatro paredes blancas mucho tiempo más. Era una mujer paciente, pero ya llevaba trabajando ahí casi tres años. Sabía que no le quedaba otra opción que seguir en la gestoría, con un sueldo más o menos decente que, junto con lo que le daban por la colaboración en el periódico, le permitía vivir sin ahogos. No se podía permitir grandes lujos, ni viajes, ni siquiera tener coche, si bien huía de todo ello a cambio de una vida tranquila y sencilla.

Bajó las escaleras de la boca de metro. Le gustaba recrearse en ese calor que desprende el suburbano, tan envolvente. Ni siquiera se fijaba en los rostros que la observaban. Una joven como ella, tan atractiva y con 1,75 metros de un cuerpo envidiable, no pasaba desapercibida. Llegó al andén y se situó, como de costumbre, hacia la mitad, porque coincidía con la salida que tres cuartos de hora más tarde habría de coger en Valdecarros. El convoy llegó un minuto después, y Marta subió, buscando dónde poder acomodarse. Su mirada descubrió un asiento libre. Se dirigió hacia él, al mismo tiempo que un chico de traje gris, sin corbata.

— Oh, disculpa, por favor siéntate.

— Muchas gracias, muy amable —dijo Marta, con la mejor de sus sonrisas.

Él decidió quedarse de pie, pegado a una de las puertas que no se abrirían en todo el trayecto. Sacó un libro de su maletín negro, y se puso a leer: “Retirarse a los 40”, leyó Marta el título: “Este sí que sabe”, pensó.

Después de dedicarle una mirada furtiva, reparando especialmente en sus ojos azules y en su pelo negro y corto, abrió su bolso y cogió el libro que estuviera leyendo la noche anterior, sin advertir el paso de las estaciones, el abrir y cerrar de las puertas, las idas y venidas de los demás pasajeros... Solo una vez levantó la vista de las hojas, cuando por el rabillo del ojo vio como aquel chico tan amable decidía sentarse enfrente de ella. Por un instante, sus miradas se encontraron, aunque enseguida cada uno volvió a su lectura.

Las estaciones se iban sucediendo, y el vagón comenzaba a quedarse vacío. Según se acercaban al final del trayecto, ya no entraba gente. Cada vez eran menos, y al llegar a la penúltima parada, Las Suertes, solo el chico y ella seguían sentados, devorando páginas de sus respectivos libros. Hacia la mitad del túnel, Marta decidió irse preparando para salir. Metió el libro en su bolso, se esti-

ró la falda negra y se pasó una mano por el pelo para colocarse unos rizos rebeldes que caían sobre su frente. Se situó frente a la puerta y esperó.

El convoy llegó a Valdecarros. El chico se apresuró a guardar su libro en el maletín y se quedó de pie unos metros por detrás de ella. Cuando por fin se detuvo en el andén, Marta accionó la manilla de la puerta, pero no obedeció a su orden. Vio como otros pasajeros avanzaban ya hacia la salida y volvió a intentarlo, pero nada. “Vaya”, pensó, “esta puerta se ha bloqueado”. Sin perder tiempo anduvo deprisa hacia la que quedaba a su derecha, pero tampoco se abrió.

— ¿Qué ocurre? ¿No se abren las puertas? —preguntó su único acompañante.

— No, parece que el conductor tendrá que ayudarnos para desbloquearlas... —se calló de pronto cuando notó un movimiento del tren.

Efectivamente, el convoy se había puesto en marcha de nuevo. Marta vio que al principio de la estación había un hombre con chaqueta granate, que miraba fijamente el avance del metro hasta que se metió en el túnel.

— Ahora tendremos que esperar a que dé la vuelta para bajarnos en el otro andén —le informó Marta.

— Pues nada, paciencia.

Sin embargo, el convoy no paraba para cambiar de dirección. Por el contrario, cada vez aumentaba más su velocidad. Marta empezaba a preocuparse. Miró al chico, que parecía imperturbable.

— Qué raro. Nunca me había pasado esto. A lo mejor es que ya se mete en las cocheras...

Notando que seguía yendo muy rápido, decidió pulsar el botón de alarma. Esperó una respuesta, pero esta no llegó. Se giró para mirar asustada a su único acompañante, pidiéndole ayuda con la expresión de su rostro. Él actuó rápido: tiró de la palanca que advertía de su uso solo en caso de necesidad para desbloquear las puertas, pero aquella máquina no respondió a la llamada de auxilio. Probó otra vez, y otra. Miró en todas direcciones para ver si localizaba a otros pasajeros, pero los vagones que alcanzaba a ver estaban vacíos.

Parecía que el convoy se desplazaba por los raíles de una montaña rusa, a toda velocidad, tomando curvas y siempre descendiendo. Ambos tuvieron que agarrarse fuertemente para evitar caerse. Se sentaron uno al lado del otro, mientras sus cuerpos se sacudían violentamente con cada nueva curva. En más de una ocasión cayeron al suelo o se golpearon contra el cristal del vagón. No pronunciaban palabra alguna, solo Marta gritaba por la sensación de vértigo. No podría aguantarlo mucho más...

Por fin, el tren fue perdiendo velocidad hasta que se paró completamente. Marta no pudo calcular cuánto tiempo había durado aquel descenso vertiginoso. Su reloj de pulsera se había detenido en las siete y veinte, la hora en que debía haberse bajado en Valdecarros. Abrió el bolso y cogió su móvil: sin cobertura. Entonces reparó en el otro pasajero. Allí estaba, tirado en el suelo del vagón. Se fue incorporando, mientras se llevaba una mano a la espalda y recogía su maletín. De repente, las puertas se abrieron. Se miraron sin comprender, pero no lo dudaron mucho, y salieron del vagón.

— ¿Dónde estamos? —preguntó el chico.

— No lo sé. Es todo muy raro. Oye...

— Jorge, me llamo Jorge.

— Yo soy Marta —le saludó—. ¿Funciona tu móvil?

Jorge se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta.

— No. No hay cobertura.

— Busquemos al conductor. Este tren no puede haber llegado solo hasta aquí.

Recorrieron el trayecto que les separaba de la máquina, mirando todos los vagones por si descubrían algún otro pasajero. Al llegar a la cabina comprobaron que estaba vacía, como el resto del tren. Empezaba a ponerse muy nerviosa.

— No puede ser. ¿Cómo vamos a volver?

Pero Jorge no la escuchaba. Estaba contemplando algo que le tenía fascinado. Marta siguió la dirección de su mirada, y se llevó una mano a la boca, de la que se escapó un pequeño grito. A su alrededor vio un paisaje inimaginable. Un estanque rodeado de estatuas de mármol blanco se extendía ante ellos. Al final de lo que parecía una cueva subterránea había varias puertas. No pudieron recrearse más. Un ruido ensordecedor sonó a sus espaldas, y comprobaron con estupor como el tren que les había llevado hasta allí se ponía en movimiento y se alejaba a toda velocidad. Como por arte de magia, los raíles desaparecían según acababa de pasar el convoy, y en unos segundos tras ellos había un muro de aspecto infranqueable.

— Pero, ¿qué está pasando? ¿Es magia? ¿Es una broma? —gritó Marta golpeando la pared.